



La GS fue la compañera ideal para este tipo de viajes.



Marruecos ofrece todo tipo de paisajes.



Desierto y camellos siempre van unidos.

Madrid-Accra De Marruecos a Mauritania

Entre 2009 y 2010 había viajado con una Honda Varadero desde Madrid hasta Sydney, durante ocho largos e intensos meses. Pensé que aquello sería suficiente para saciar mi ansia por viajar, por conocer, pero nada más lejos de la realidad. Aquel viaje terminó suponiendo la primera parte de un intento de vuelta al mundo por etapas.

Charly Sinewan www.sinewan.com

A partir de ahora, eso sí, sería sin excepciones, sin mandar todo al carajo, sin dejar de trabajar. Así pues, planeé un viaje en dos etapas. Primero viajaría hasta Dakar, aparcaría allí la moto unos meses y, después, cuando las vacaciones me lo permitieran, volvería para hacer un segundo tramo hasta Accra. En ambas ciudades tenía un lugar seguro para dejar la moto una temporada.

El último viernes de abril estaba listo para partir. En nueve días máximo debía llegar a Senegal, dos domingos después tenía una ineludible cita en el aeropuerto de Dakar. Tenía pues un plan, y también una obligación.

Madrid se despertó despejado, contrariando a Mario Picazo que anunciaba lluvias. Vivo en la calle Mayor, a escasos metros de Sol, así que cargar la moto con enormes maletas y dos neumáticos de repuesto, vestido de motero se convirtió en aliciente para turistas y jubiletas que a esas horas peinaban la zona.

A mediodía ya estaba en marcha. El viento

me atizaba de nuevo la cara.

Entre Mérida y Sevilla, ya de noche, me sorprendió la primera tormenta. Busqué refugio en Monesterio, un pequeño pueblo que resultó famoso por su buen jamón y que, acompañado de un buen tintorro, me hizo caer felizmente rendido en un camastro de una humilde posada.

Marruecos

El sábado embarcaba a las tres de la tarde en Tarifa, en un moderno catamarán que en media hora me dejaba revuelto en la frontera marroquí. Un corrupto funcionario de turno terminó de fastidiarme el cuerpo exigiéndome unos ilegales euros a cambio de una feliz y rápida entrada en África.

Salí zumbando de allí en busca de aire limpio y una carretera costera que me hiciera sentir que estaba por fin de viaje.

Encontré lo que buscaba en una pequeña calzada que costea entre vastos campos verdes, sin perder en ningún momento de vista la inmensidad del océano tenebroso y sólo interrumpida por la aparición de las

primeras bulliciosas y caóticas ciudades. Larache primero, Rabat después y unos kilómetros antes de llegar a Casablanca cayó la noche sobre el camino.

El GPS me guió entre penumbras hasta un camping de dudosa calidad e insignificante tarifa. En completo silencio acampé sobre un manto de fina y suave hierba, intentando no perturbar el descanso de jubilados europeos que a esas horas ya roncaban en el interior de sus pálidas autocaravanas. Me senté sobre una maleta, alumbreado con el frontal del interior de la otra y rebusqué hasta encontrar un preciado tesoro que escondía para momentos como éste. Un paquete de jamón ibérico y un trozo de queso bien curado. Difícil estar tan a gusto con tan poco.

Amaneció un domingo feo. Nubarrones negros amenazaban con jornada bajo la lluvia. Mi objetivo era llegar a Essaouira, a cuatrocientos escasos kilómetros, que terminaron resultando un infierno sobre un estrecha y resbaladiza calzada repleta de tráfico y humo negro.

A los pocos kilómetros de mi destino des-



La carretera, llegando a Essaouira, ofrece bellas vistas.



Acampar en el desierto por la noche es toda una experiencia.



Minarete y mezquita de Elouïata.

apareció el tráfico, el cielo abrió ligeramente, la lluvia cesó, el sol se hizo hueco tímidamente entre los omnipresentes nubarrones y comenzaron las fuertes rachas de viento, los archiconocidos alisios, favorables en esta época cuando te diriges al sur.

Me alojé por veinte euros a las afueras de Essaouira, en un modesto pero limpio hotel, lejos de la histórica y bulliciosa medina y alejado de turistas de Samsonite dura. Me recreé largo rato bajo un chorro de agua caliente hasta que el aroma de dos días de carretera pareció desaparecer.

Salí a explorar la noche. Dejé la moto junto a la muralla y me sumergí a pie en el interior de la medina, paseando entre angostas calles empedradas con decedentes edificios de dispar arquitectura. Essaouira ha sido un enclave de vital importancia para diferentes civilizaciones que durante siglos han ido dejando su legado cultural. Hace unos años la Unesco declaró su medina patrimonio histórico. Eso, junto al aliciente para los deportistas amantes del viento, hacen de este histórico puerto un seductor destino turístico.

El estómago, ajeno a la historia y a las rachas de viento, reclamaba su atención. En la terraza de un grasiento restaurante, refugiado bajo un andrajoso toldo que lo protegía de un ligero chirimiri, un tipo corpulento de rostro afable, tez oscura y espesas cejas negras, hacía aspavientos para que le acompañara en su mesa. Debía andar por los cuarenta y tantos. Envuelto en una tradicional chilaba color marrón, sin dejar de sonreír, insistía una y otra vez en invitarme a té. Apenas dudé, la cara suele ser el espejo

del alma y ésta me daba buen rollo. Se llamaba Alí y era marinerito.

Tomé asiento y encargué al camarero unas brochetas de pollo que resultaron ser excelentes. Allí comenzó el habitual ritual, sirviendo el té desde cierta altura, dejando así una espumosa capa en la superficie. Chapurreaba algo de castellano. Yo comía y escuchaba atento al buen hombre que se quejaba de la falta de trabajo en Marruecos. "Mañana de nuevo no tengo nada que hacer", comentaba apenado mientras señalaba el mar con angustia, en busca de un imaginario pesquero que lo contratase.

Luego me hablaba de ir a España y se le iluminaban los ojos, pensando supongo en un futuro mejor. La realidad que sospecho ignoraba, como la mayoría de los que intentan llegar a nuestras costas, es que la tasa oficial de paro es casi el doble en España que en Marruecos.

Mientras Alí me servía por segunda vez, pensé que mejor que consultar una web meteorológica sería preguntar al buen marinerito por la previsión. Apenas pestañeó. Lluvia, me dijo, mucha lluvia para mañana. Al segundo té invité yo.

Preparándome para la aventura

Allí había clavado la previsión. El lunes amaneció lloviendo a mares.

La idea era continuar un par de días hasta llegar al Aaiún, capital del Sáhara Occidental, y buscar allí un taller de neumáticos donde reemplazar los viejos mixtos por los de tacos. También debía comprar un bidón de gasolina necesario para atravesar Mauritania sin

problemas. Mi amigo Miquel Silvestre me había advertido que podía encontrar alguna gasolinera sin combustible. La posibilidad de quedarse tirado en Mauritania, después de los últimos secuestros, hacía que de sólo pensarlo me temblaran las canillas.

Antes de pasar una nueva jornada en remojo decidí adelantar la parada y esperar que al día siguiente el clima mejorase.

A las afueras de Medina, serpenteando entre callejuelas embarradas, encontré un pequeño chiscón en el que un par de adolescentes aseguraban poder cambiar mis neumáticos. Sobre un cristal con una gruesa y consistente capa de porquería, escribí con el dedo mi última oferta tras una larga negociación. Cien dirhams, unos diez euros. De mala gana aceptaron, supongo que porque apreté demasiado, pero viajando sobre una moto con forma de dólar he aprendido que los precios siempre se duplican o triplican, así que nunca sé cuándo parar, cuándo me están timando o cuándo soy yo el que se aprovecha de su necesidad.

Finalmente recuperaron la sonrisa. Algo incuestionable para mí mente europea como dejar allí las gomas usadas convirtió su negocio en rentable. Me preguntaron tres veces si eran para ellos. De la misma manera que intentaban inicialmente cobrarme el triple del precio, no contemplaban quedarse con algo que no fuese suyo. Sólo cuando se aseguraron de que era un regalo se quedaron tan contentos. Yo también.

Después compré un bidón con capacidad para veinte litros por tres euros en una ferretería. Ya tenía todo lo necesario para continuar mi viaje. El Sáhara me esperaba.

Por fin amaneció un martes soleado. Salí de Essaouira propulsado de nuevo por los alisios. La carreta abandonaba el océano para adentrarse en una maravillosa cordillera de intensos verdes y curvas cerradas.

Las motos compradas de segunda mano no son propias hasta el primer cambio de neumáticos. Eso creo yo. Tras poco más de dos mil kilómetros con la GS, empezaba a acostumbrarme a mi nueva moto, que se agarraba con uñas y dientes a la trazada. Me estaba viniendo peligrosamente arriba. Cada curva tumbaba un poco más, confiado y sorprendido de ver cómo a pesar de las gomas de tacos y el exceso de carga, la moto entraba sola en la trazada.

El trazado descendía por un espectacular tramo de montaña, acercándose a la línea costera, que dibujaba una enorme bahía de aguas sosegadas, la ciudad de Agadir, puerto natural y caladero de pesca utilizado por pescadores españoles hasta hace apenas veinte años.

De Tiznit a Tan Tan

La siguiente ciudad era Tiznit, empezaba a oler a Sáhara. Avenidas anchas, edificios bajos, colores rojizos y viento arenoso que iba y venía dejando una casi invisible cortina de polvo. Un desvío me hizo un guiño, indicaba Sidi Ifni, colonia española hasta 1968 y lugar en el que el Ejército español tuvo su última guerra. Pensé seriamente dar por concluida la jornada y disfrutar del turismo, pero un puñetero cartel se encargó de recordarme que no había dedicado tiempo suficiente al cálculo de la ruta.

Quedaban casi dos mil quinientos kilóme-



Sin lugar a dudas, Marruecos es una tierra de contrastes.

tros para llegar a Dakar, con un desierto en el camino, dos imprevisibles fronteras y cinco escasos días de margen.

Agité mi mano, saludé apenado a Sidi Ifni desde la distancia, y salí zumbando de Tiznit en busca de un lejano horizonte que cada vez lucía más pelado.

Los verdes de la mañana se diluían. Los frondosos árboles se convertían progresivamente en matorros salteados sobre un terreno cada vez más pedregoso. La luz rebotaba en miles de aristas y multiplicaba su lechosa luminosidad. La interminable línea de asfalto se difuminaba borrosa en el horizonte.

Con la serenidad que proporciona la soledad dentro de un casco, asimilaba poco a poco el lento cambiar de los aledaños de la carretera. Piedras que se desintegra-

ban hasta convertirse en dunas, arbustos que se secaban hasta convertirse en secos matorros, gentes a las que le cambiaba paulatinamente el tono de piel y culturas que se fusionaban. Todo eso que en unas horas de avión te pierdes.

La calzada definitivamente dejó de encontrarse obstáculos, convirtiéndose en un largo sendero de asfalto sobre una llanura anaranjada aliñada con secos matorros. La única compañía eran los postes del tendido eléctrico, que parecían viajar en mi misma dirección. En rigurosa e infinita fila, perdiéndose en el horizonte, esas horrendas torres metálicas parecían esbeltas esculturas sobre el desolado pero atractivo escenario.

El sol se precipitaba contra las Américas mientras mi sombra crecía en el lado opuesto. Al fondo aparecía Tan Tan, enclave de vital



¿SOLO O CON NOSOTROS?

11 de junio de 2012, Perú (Desierto de Atacama)
10 de mayo de 2012, Bolivia

Modelos 2011-2012
BMW R 1200 GS
BMW F 800 GS
BMW F 650 GS

Viajes a Patagonia, Chile, Argentina, Machu Pichu, Bolivia...

BMW TRAVEL PARTNER
MAYOR DE SUDAMERICA

www.motoaventura.cl info@motoaventura.cl



VIVE LA AVENTURA EN MOTO

NUEVOS PROGRAMAS 2012

- Abril 2012 Brasil (moto, buggy y 4x4) consultar extensión Amazonas
- Junio 2012 Ruta 66 y Costa Oeste
- Septiembre 2012 India, Rajasthan y Taj Mahal
- Octubre 2012 Vietnam y Halong Bai
- Noviembre 2012 Thailandia y Ko Phi Phi

www.aventuraenmoto.com

Contacta con nosotros en info@aventuraenmoto.com
Tel.: 943 43 30 30 - 629 02 15 60



Viajar solo ofrece mucho tiempo para la reflexión.



Dejando atrás Marruecos para adentrarse en el Sáhara.

importancia estratégica.

La carretera se bifurcaba en las dos únicas opciones de entrar y salir del Sáhara Occidental. A la izquierda la ruta se adentraba en pleno desierto, en busca de la ciudad sagrada de Esmara. A la derecha, y después de pasar la mayor base militar americana en África, el camino llevaba a Mauritania a través de la costa saharauí. Allí iba yo.

Unos kilómetros después, con el sol fusionándose con la línea del horizonte, entré en Elouiat, un enclave turístico en horas bajas. El Hotel Dubai es uno de los pocos edificios de dos plantas. No había clientes. Una desproporcionada habitación con tres camas, decadente pero limpia, con una ventana frente al Atlántico, diez euros tras un largo rato en recepción.

Tras el intenso día y merecida ducha, bajé renovado a investigar el pueblo y encontrar algo que cenar. Las calles también estaban desiertas. Paseé tranquilo por una ancha avenida, rodeada de pequeños edificios revocados en blanco nuclear. Uno de ellos parecía ser un restaurante. Se escuchaban gritos intermitentes en su interior. Con dificultades me asomé por una ventana ocupada para la misma causa por tres chavales. Algo interesante sucedía en el interior. Aproveché mi mayor estatura, no debían tener más de diez años, para estirar el cuello y meter la cabeza en busca de respuestas. Efectivamente era un bar repleto de gente. La gran mayoría estaban sentados e hipnotizados. Cuatro filas de asientos hacían de grada improvisada frente a un gran televisor. Había partido de fútbol. Era la final de la copa del rey. De Mohamed no, de Juan Carlos. Madrid-Barça en el Bernabeu.

Busqué asiento y pedí un sándwich. Sin mucho éxito traté de evangelizar a un par de almas descarriadas mientras cenaba, hablándoles en tono erudito y pausado sobre la doctrina colchonera, sobre las muchas ventajas sociales que tiene ser del Atlético. No entendieron nada.

Sáhara Occidental

El miércoles la abrumadora luz del desierto atravesaba las paredes del Hotel Dubai. Desayuné un café aguado con unas galletas pasadas y salí de Elouita lo antes posible. Tenía que acercarme el máximo a Mauritania para cruzar al día siguiente.

La carretera hasta El Aaiún no se separó

de la costa durante cerca de cuatrocientos kilómetros de playas salvajes y erosión producida por un océano que debe llevar cabreado miles de años.

Me dirigí tímidamente hacia el interior, en busca del cauce seco del río Saguia el Hamra. Allí, cuenta Alberto Vázquez Figueroa, a mediados del siglo pasado, un español al que llamaban Caid Manolo ordenó construir un pozo y fundó una ciudad, El Aaiún, capital actual del Sáhara Occidental.

La entrada a la ciudad apestaba a militares, tipos de uniformes verdes tan oscuros como sus rostros, que se contaban por igual que civiles. Las calles serpentearon en ascenso hasta desembocar en una gran avenida rodeada de edificios relativamente modernos enfoscados en color tierra. Allí estuve una hora larga, preparando todo lo necesario para lo que acontecería en las siguientes horas. Salí del Aaiún buscando de nuevo la costa. De una hilera de dunas que emparedaban la calzada surgió repentinamente una familia de camellos decididos a interponerse en mi camino.

Conduje de nuevo en línea recta durante las siguientes horas, siempre paralelo al mar y por la misma espectacular costa salvaje. El sol iba cayendo y debía encontrar un lugar donde acampar. Distaban más de doscientos kilómetros hasta el siguiente pueblo y encontrar un escondrijo para mi tienda de campaña en semejante e infinita llanura se antojaba cada vez más complicado.

En mis viajes he aprendido a confiar en la gente, especialmente fuera de las ciudades, pero también a protegerme para no desafiar al destino y convocar imprudentemente a los malos, que, aunque son pocos, tienen muy mala idea. Acampar a la intemperie, junto a una moto con forma de dólar, me parecía un reclamo demasiado obvio para los focos de cualquier cochelino de chungos que casualmente atravesaran el desierto esa noche.

Así que comenzaba a preocuparme, quedaba una hora escasa de luz y si no aparecía un puñetero montículo pronto, tendría que conducir de noche un par de horas mínimo hasta llegar al próximo hotelucho de carretera, si es que lo había.

Finalmente se produjo el milagro, la carretera giró ligeramente al interior para evitar una minúscula cadena de pequeñas lomas que se sucedían junto a un acantilado. Allí encontré mi refugio, ocultado por la mayor



Cambio de neumáticos para la etapa mauritana.

de ellas. Acampé bajo un cielo completamente púrpura, me instalé, y cuando cayó definitivamente la noche, cené un bocadillo de sardinas bajo un millón de estrellas, en la más absoluta soledad. Quizá nunca he estado tan solo, puede que no hubiera nadie en muchos kilómetros. O puede que sí, quizá alguien podía aparecer esa noche y colarse en mi tienda de campaña.

Tan sólo la arena consiguió colarse por las costuras de la tienda de campaña. El viento huracanado, presente toda la noche, me despertaba el jueves. Había llegado el día de entrar en Mauritania. Con el sol una cuarta por encima del horizonte comencé el ritual de cada día, empaquetando los enseres para volver a la carretera y enfrentarme a los últimos cuatrocientos kilómetros antes de llegar a la frontera.

A mitad de camino pasé de largo Dajla, una estrecha lengua de arena que se separa de la costa formando una península que crea una bahía de mansas aguas, tan azules como el cielo que las envuelve. Allí, en Dajla, se encontraba hasta hace unos años el castillo de Villa Cisneros, primer enclave español en el Sáhara y construcción más antigua de la zona hasta que Marruecos, en su afán por borrar las huellas del delito, lo derrumbara.

Los últimos kilómetros antes de llegar a la frontera, la calzada transcurrió como un fino sendero de asfalto inmerso en una inmensa playa de arenas blancas y finas. Completamente solo, viendo que ya llegaba, mi ego y yo nos elevamos unos metros sabedores de la pequeña nueva gesta de llegar a Mauritania era inminente. Creyéndonos especiales...

Pero a lo lejos apareció algo que bajaría mi ego al lugar que correspondía y que os contaré el mes que viene en el próximo capítulo de mi viaje.